

De crisis en crisis. Género y agencia, cooperación y conflicto en las estrategias familiares de afrontamiento y reproducción¹
Rosa N. Geldstein²

Introducción

Este trabajo presenta resultados parciales de una investigación que, mediante procesamientos propios de datos cuantitativos de fuentes secundarias y datos cualitativos originales recogidos mediante trabajo de campo a comienzos de la década del 2000, indagó, con un enfoque de género, sobre las estrategias familiares con las que los miembros de hogares de sectores populares (*working class*) del área metropolitana de Buenos Aires (AMBA) hicieron frente las consecuencias de la reestructuración económica durante la década 1990-2000. El objetivo particular de esta ponencia es la presentación y discusión de resultados de un análisis cualitativo que intenta profundizar en algunos aspectos y mecanismos de género, individuales y relacionales, que mujeres y varones pusieron en juego en el despliegue de dichas estrategias, y en algunas de sus consecuencias sobre las identidades, los roles y las relaciones de género entre los miembros de parejas conyugales. Más específicamente, se exploran algunos aspectos de los procesos de construcción y reconstrucción del género (Hollway 1984, Gerson y Peiss 1985) involucrados en el mutuo reconocimiento o desconocimiento de las *contribuciones percibidas* al bienestar colectivo del grupo familiar (Sen 1990).

El uso del término *estrategias* para calificar al conjunto de actividades destinadas a obtener recursos económicos para el hogar, encontró sus primeras aplicaciones y desarrollos conceptuales en el estudio de las *estrategias de supervivencia* desarrolladas por las unidades domésticas de los pobres estructurales en ciudades latinoamericanas, en los años '70 y '80 (Duque y Pastrana 1973, Schmink 1984) Más recientemente, este enfoque ha recibido críticas por algunos de sus supuestos, no siempre explicitados (Acosta 2003)³. Entre ellos, el de la existencia de un agente racional (implícitamente, un varón jefe de hogar) cuyas decisiones y acciones estarían basadas en cálculos de costo-beneficio, dentro de límites fuertemente determinados por constricciones estructurales, las que dejarían escaso margen de elección entre cursos de acción posibles; esta perspectiva supondría cierta uniformidad en las

¹ Trabajo presentado en el V Congreso ALAP, 2012. Este trabajo es producto de un proyecto de investigación plurianual (PIP) subsidiado por el CONICET.

² Investigadora del CONICET en el Centro de Estudios de Población (CENEP), Corrientes 2817, piso 7, Buenos Aires, Argentina; rosag@all-kom.com.ar; rgeldstein@cenep.org.ar

³ Este autor presenta una sistematización bastante exhaustiva de las críticas al concepto de estrategias de supervivencia.

estrategias de los hogares social y económicamente situados en similares condiciones estructurales. Seres racionales que actúan movidos por intereses y motivos, los agentes sociales no serían, sin embargo, completamente conscientes de la lógica que informa sus acciones ni de la totalidad de las consecuencias posibles de las mismas (Giddens 1984). Pero sus acciones tampoco constituyen respuestas automáticas o formas mecánicas de adaptación a las constricciones estructurales. Clave en su posición superadora de la dicotomía entre objetivismo y subjetivismo, entre estructura y acción, el concepto de *habitus* en Bourdieu, como un conjunto de *disposiciones aprendidas*, adquiridas a través de la experiencia de los sujetos por su participación en la vida social desde posiciones específicas (de clase, generación, género, etc.), permite comprender la razonabilidad de las prácticas desarrolladas por los agentes sociales, evitando tanto su atribución al cálculo racional como su interpretación en términos de respuestas adaptativas automáticas a las constricciones estructurales⁴:

“ ([...] se puede rehusar ver en la estrategia el producto de un programa inconsciente sin hacer de él el producto de un cálculo consciente y racional. Ella es el producto del sentido práctico como sentido del juego, de un juego social particular, históricamente definido, que se adquiere desde la infancia al participar en las actividades sociales [...] El buen jugador [...], hace en cada instante lo que hay que hacer, lo que demanda y exige el juego. Esto supone una invención permanente, indispensable para adaptarse a situaciones indefinidamente variadas, nunca perfectamente idénticas [...] El habitus como sentido del juego es el juego social incorporado, vuelto naturaleza” Bourdieu 1988:70-71)

Es así que algunos autores han reconocido que las estrategias familiares de vida suponen tanto las restricciones que las condiciones económicas imponen al nivel de vida de las familias, como el dinamismo y creatividad de las respuestas con las que éstas –o algunos de sus miembros- intentan mantenerlo, evaluando las oportunidades y los recursos disponibles para su acción dentro de límites cambiantes a lo largo del curso de vida familiar (Grown y Sebstad 1989, Moen and Wethington 1992, Moser 1997, Hareven 1977).

Por otra parte, el énfasis en la *supervivencia* parece ignorar tanto que los pobres también desarrollan estrategias de *crecimiento*, como que la vida familiar, en hogares de cualquier condición social, siempre supone la puesta en juego de alguna *estrategia*, (Acosta 2003, Gutiérrez 1997b) Menos restrictivo, el concepto de *estrategias de reproducción* parece

⁴ *Los habitus son principios generativos de prácticas distintas y distintivas [...] pero son también esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y división, gustos diferentes. Ellos establecen distinciones entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo correcto y lo incorrecto [...]* (Bourdieu, 1988:8)

más ampliamente aplicable a las prácticas específicas de los actores en diversos contextos sociales, y las *estrategias familiares de reproducción* pueden entonces ser definidas como

“ [...] el conjunto de prácticas [fenomenológicamente] muy diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o aumentar su patrimonio, y correlativamente a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase” (Bourdieu 1988:122, en Gutiérrez 1997b:135)

Finalmente, considerar a la familia como un agente individual, monolítico e indivisible, implica la suposición de que las decisiones que tienden a maximizar los intereses del grupo doméstico⁵ tienden también al bienestar de cada uno de sus miembros. Pero ello implicaría ignorar que en la familia coexisten diferentes posiciones de poder, intereses, derechos y deberes individuales (Saraceno 1989:2) asociados, por ejemplo, a diferencias de género y de generación. Es por ello que, como señaló Bourdieu (1998:68-69), la convivencia familiar necesita de un *trabajo de integración*,

“[...] puesto que la familia –al tiempo que obligada a afirmarse a sí misma como un cuerpo para existir y persistir- tiende a funcionar como un campo, con sus relaciones de poder físico, económico y, sobre todo, simbólico [...], y sus luchas para ajustarse a esas relaciones de poder y para transformarlas.”

Así, se ha enfatizado entonces la necesidad de analizar las diferencias de género al estudiar la economía del hogar, poniendo el acento sobre las asimetrías de poder, los conflictos reales o potenciales entre intereses individuales y los procesos de negociación en torno a la asignación de responsabilidades, derechos y recursos en el interior de las familias (Agarwal 1997, Bruce 1989, Folbre 1987, Kabeer 1995, Sen 1990) En esta perspectiva, Sen propone el concepto de *conflictos cooperativos* basado, como la mayoría de los autores, en el modelo hegemónico del varón proveedor -y de su acceso a un ingreso monetario como fuente del mayor poder masculino en la familia-, para dar cuenta de esta particular categoría de conflictos de intereses que se manifiestan entre dos individuos que son, al mismo tiempo, integrantes de una pareja conyugal y, por tanto, del colectivo familiar por cuyos intereses comunes deben velar. Este autor señala que el particular patrón de división del trabajo correspondiente a una determinada *tecnología social* influye profundamente sobre las relaciones de género en el ámbito del hogar: “En particular, los miembros del hogar enfrentan dos tipos de problemas simultáneamente, uno implica *cooperación* (sumar a las disponibilidades totales) y el otro *conflicto* (dividir el total de disponibilidades entre los miembros del hogar)” (Sen 1990:129)

⁵ Decisiones que, en representación de todos los miembros del hogar, serían tomadas por un “jefe” altruista o “dictador benevolente” (implícitamente, varón) (Becker 1981, en Kabeer 1995:99-100)

Así, *las divisiones* pueden ser vistas “como una clase especial de los conflictos cooperativos: la de los *problemas de negociación*. Mientras la interdependencia tecnológica determina que la cooperación sea fructífera para ambas partes, el particular patrón de división de los frutos que emerge de esta cooperación refleja los respectivos poderes de negociación de las partes.” (Sen 1990:131) Este autor (134) señala, asimismo, la necesidad analítica de tomar en cuenta, entre otros aspectos que puedan llevar la negociación a una solución diferente de la ruptura conyugal, “las nociones de legitimidad y merecimiento, relativas a la percepción de las contribuciones productivas de cada miembro a la riqueza del conjunto.”

Las condiciones iniciales y la disrupción de la lógica de la división sexual del trabajo

Al calor del desarrollo industrial, el pleno empleo y los beneficios sociales para la mayoría de trabajadores integrados, la división sexual del trabajo en la pareja conyugal fue, durante muchos años, el centro de las estrategias de reproducción de las familias de clase trabajadora en la Argentina urbana. La división de tareas productivas y reproductivas entre los cónyuges, incorporadas como *habitus* de género, producía y reproducía identidades, habilidades, vocaciones y gustos diferenciados. Si el varón, padre o marido, era un *buen proveedor* (Bernard 1981, Hood 1986), la mujer no tenía por qué *salir a trabajar* (Geldstein 2006) -suceso generalmente asociado con la pobreza, la desgracia, o la marginalidad social- y podía brindar una dedicación de tiempo completo al cuidado de su casa, la atención del marido y la crianza y educación de los hijos, gozando para ello de la protección (y la provisión) masculina en la tibieza del hogar conyugal (Geldstein 2001) Pero desde mediados de los '70 este modelo fue cada vez más difícil de sostener en la práctica. Conforme avanzaba la reestructuración económica y los procesos inflacionarios y de reconversión del empleo jaqueaban a obreros industriales y trabajadores de sectores medios, cada vez menos hogares pudieron asegurar su reproducción sobre la base de un único ingreso laboral, obtenido por el padre de familia (Geldstein 1994, 2001)

Ya en los años '80 los estudios sobre estrategias de supervivencia de los pobres estructurales en América Latina habían señalado el rol central de las mujeres en el esfuerzo implicado en el desarrollo de múltiples actividades, productivas y reproductivas, impulsado por la insuficiencia del salario masculino (Schmink 1984, Jelin y Feijóo 1983, Benería y Roldán 1987). El protagonismo de las mujeres de sectores populares en la economía familiar siguió su tendencia creciente a medida que se intensificaba la reconversión propiciada por el modelo neoliberal y se pauperizaban más familias en segmentos bajos y medios de la población. En 1991 Feijóo señalaba el ingreso -impulsado por las crisis de los años '80- de las

mujeres de sectores populares al mercado de trabajo y a actividades de supervivencia con foco barrial. Otras investigadoras dirigimos nuestra atención al fenómeno constituido por los hogares en los que, con un “jefe” varón presente, el rol de proveedor era desempeñado por una mujer (Geldstein 1994, Geldstein y Delpino 1994) El impresionante aumento del desempleo urbano y los altos niveles que éste alcanzó durante los '90 configuraron una nueva problemática social en la Argentina. Pero el modelo económico que desde los inicios de esa década empobreció a amplios sectores bajos y medios de la sociedad argentina, también contribuyó a intensificar la relevancia de la agencia femenina en sus estrategias familiares de reproducción. Aunque a un nivel de ingresos y de bienestar bien por debajo del que anteriormente había asegurado el salario masculino en un empleo formal, muchas esposas defendieron la sobrevivencia y la reproducción de sus hogares convirtiendo sus habilidades domésticas en la preparación de alimentos y otras innumerables tareas manuales, así como sus *habitus* femeninos de sociabilidad con otras mujeres y de construcción de capital social, en oportunidades de generación de ingresos laborales y de obtención de recursos monetarios y no monetarios de diverso tipo, mientras las condiciones de demanda del mercado y las rigideces de los *habitus* masculinos asociados a largos años de desempeño de tareas productivas calificadas limitaron tanto la capacidad de agencia de los *jefes de hogar* maduros, como las probabilidades de éxito al desplegarla en la búsqueda de una reinserción laboral estable (Geldstein 2001, 2004). En los mismos años en que se producía el ingreso de mujeres casadas al rol de proveedoras del hogar (únicas, principales o complementarias), se constataba paralelamente el fenómeno del incremento en la proporción de hogares monoparentales a cargo de una *jefa* mujer sin cónyuge. Sin el ánimo de sostener una hipótesis de relación causal entre estos fenómenos concomitantes –que no se podría someter a prueba estadística con los datos a mi alcance- resulta sin embargo tentador, si no inevitable, preguntarme por los procesos de cooperación y conflicto que se desarrollarían a lo largo de los cursos de vida familiar conforme las parejas transitaban por eventos económicos críticos a nivel del hogar y las diferentes respuestas estratégicas (agencias) individuales expresaban -y también modificaban- los *habitus* de género y las posiciones relativas de poder asociadas al género en el modelo patriarcal. ¿Cuáles serían los mecanismos que empujaban a algunos a la ruptura y cuáles los que facilitarían, a otros, una solución cooperativa que permitiera seguir transitando juntos el curso de vida familiar “hasta que la muerte los separe”?

Contenido del trabajo y aspectos metodológicos

Con apoyo en datos obtenidos de procesamientos propios de la Encuesta Permanente de Hogares, este trabajo ofrece, en primer lugar, una descripción estadística de algunas tendencias en el empleo de varones y mujeres con responsabilidades primarias en la economía familiar -a las que nos aproximamos a través de su posición en el hogar- y del papel creciente de las mujeres en el rol de proveedoras familiares de ingresos durante la reestructuración económica de los '90. En segundo lugar aborda algunos aspectos subjetivos que ponen de manifiesto diferencias de género en el desarrollo y los significados de las estrategias familiares de reproducción en hogares de sectores populares⁶ Ello a partir de resultados parciales de una investigación cualitativa en la que se aplicaron historias de vida y entrevistas en profundidad a los cónyuges varones y mujeres de doce familias biparentales y a diez mujeres jefas de hogares monoparentales, que habían experimentado problemas económicos en algún momento de la década⁷. Las edades de las y los entrevistados variaban entre los 24 y los 59 años y todos tenían al menos un/a hijo/a soltero/a a su cargo viviendo en el hogar. El contenido cualitativo del presente trabajo se apoya principalmente en el análisis de las entrevistas en profundidad e historias de vida aplicadas a ambos cónyuges en los doce hogares encabezados por una pareja conyugal y, en menor medida, en el material retrospectivo emergente de los discursos de las jefas sin cónyuge al momento de la entrevista (que aporta a la comprensión de los aspectos *conflictivos* de las negociaciones conyugales que eventualmente condujeron a la ruptura de la unión) La información fue recogida mediante el uso de una guía de entrevistas semi-estructurada y de una planilla diseñada para recoger en forma cronológica los eventos significativos y las trayectorias de vida a lo largo de varias dimensiones interconectadas (Karweit y Kertzer 1998): familia de orientación, historia marital, trayectorias educativas, laborales y reproductivas; con foco en la década de interés.

El análisis, asistido por el uso del *software* ATLAS.ti, se basa en el método comparativo y sigue los lineamientos del paradigma interpretativo, aplicando procedimientos básicos de la Teoría Fundamentada (*Grounded Theory*) Se tomaron en cuenta las principales

⁶ El concepto de la pertenencia a "sectores populares" coincide en este caso con el de "clase trabajadora integrada" y fue operacionalizado en base a criterios de inclusión que tomaron en cuenta el nivel de educación formal (no mayor a secundario completo) y la calificación ocupacional (obreros y empleados no jerárquicos)

⁷ El trabajo de campo se desarrolló entre mediados de 2000 y comienzos de 2001 y haber transitado por alguna circunstancia crítica para la economía familiar constituyó un criterio de inclusión. Los cónyuges fueron entrevistados en sus domicilios en la ciudad de Buenos Aires y algunos partidos del conurbano, en forma individual aunque simultánea, por distintos entrevistadores, para evitar la contaminación de las respuestas que hubiera podido ocurrir en el caso de una secuencia temporal entre las entrevistas de marido y mujer. En la gran mayoría de los casos los y las participantes fueron entrevistados por profesionales de su mismo sexo. Para requerir la participación voluntaria de los sujetos se utilizó un consentimiento informado escrito, aunque por motivos éticos (se les estaba prometiendo confidencialidad y anonimato) no se les pidió que lo firmaran.

categorías o principios de la perspectiva de *curso de vida* para situar las trayectorias individuales y familiares en sus contextos cambiantes. En este sentido, se atendió a los cursos de vida como *procesos* singulares de construcción de disposiciones y prácticas (*habitus*), identidades y *vínculos*, de individuos *situados en tiempo y espacio*; los *eventos* o experiencias relevantes, la sincronización o *timing* entre diferentes eventos y dimensiones de la vida y la *agencia* humana frente a constricciones estructurales, prestando especial atención al aspecto relacional (*linked lives*) (Elder 2003, Giele y Elder 1998, Hareven 1977)

Como es de rigor, en los segmentos de los discursos individuales que ilustran el análisis interpretativo, los entrevistados se identifican con nombres de fantasía.

Principales tendencias a nivel agregado

En el mercado de trabajo

Como la intensificación de la informalidad en el empleo, la generalización de relaciones laborales precarias y la caída de los salarios reales, el incremento del desempleo – especialmente el masculino y en edades centrales- fue una consecuencia del modelo de ajuste económico implementado a comienzos de los '90. Por primera vez desde que se llevan registros de desocupación en Argentina, la mayor contribución al aumento en el número de desempleados fue la de los varones *jefes de hogar*, cuya tasa de desempleo en el AMBA creció desde el 3,9 por ciento en 1990 hasta el 9,9 por ciento en 2000, llegando al 17,8 por ciento en el año 2002⁸. Los más afectados por el desempleo fueron los hombres maduros, de baja educación y escasa calificación⁹.

En forma paralela, la tasa de actividad de las mujeres *cónyuges*¹⁰ se incrementó desde el 34 hasta el 42 por ciento entre 1990 y 2000 y continuó creciendo, hasta el 47,1 por ciento en el 2002. Un número creciente de esposas –y, en menor medida, también de hijos/as- habrían ingresado al mercado de trabajo para contribuir al mantenimiento o la recuperación del ingreso familiar. Información para el conjunto de los principales aglomerados urbanos de Argentina da cuenta de que la tasa de actividad de los *hijos* (varones y mujeres en conjunto) se incrementó del 26,3 al 28,4 por ciento entre los años 1996 y 2006¹¹ El gráfico 1 permite

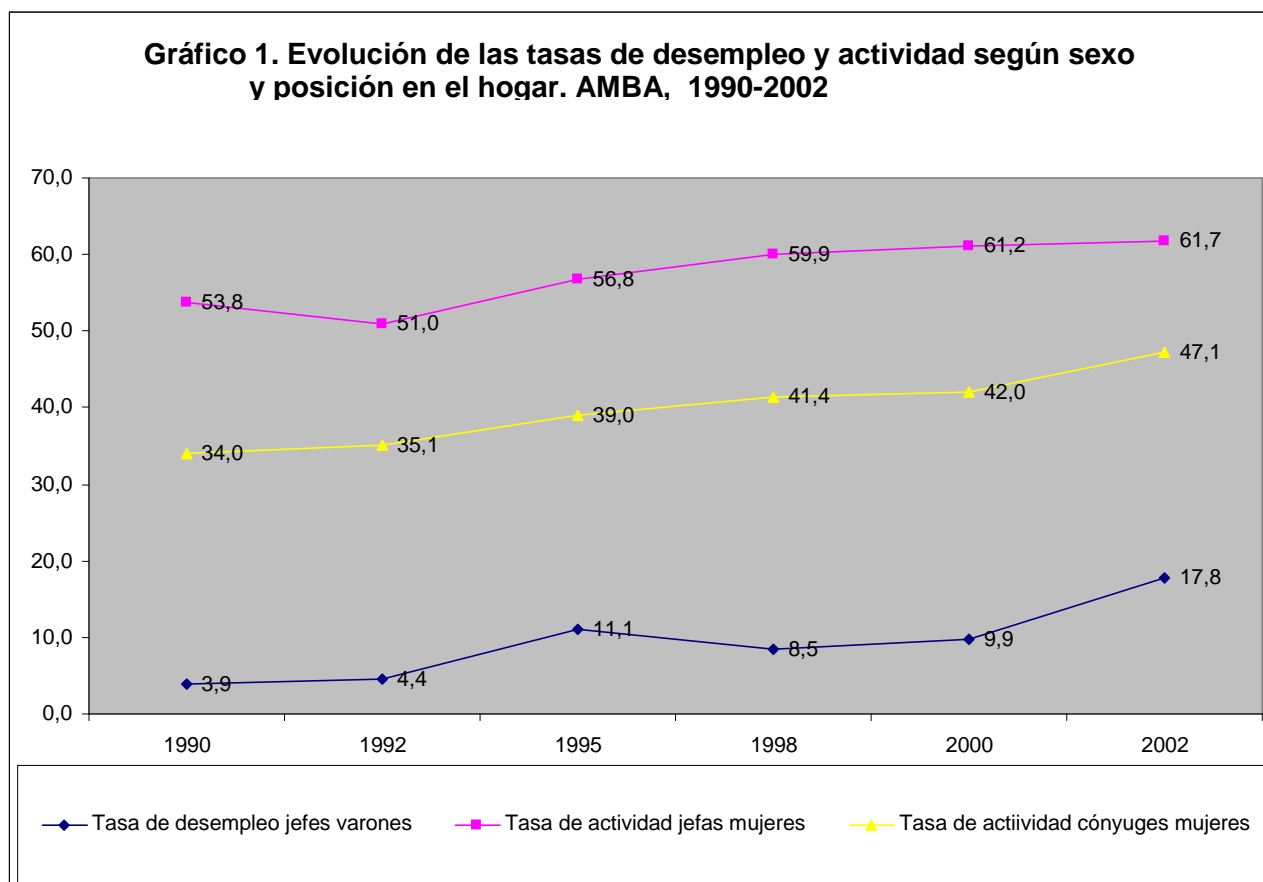
⁸ Elaboración propia de datos de la EPH, ondas de octubre, población de 14 y más años de edad que vive en hogares de dos o más personas. La categoría “jefe de hogar varón” incluye a los “cónyuges” del mismo sexo. Agradezco a Silvina Ramos Margarido el cuidadoso procesamiento.

⁹ Datos no presentados aquí. Ver también Sautu (2000)

¹⁰ La categoría “cónyuge mujer” incluye a las “jefas” mujeres con cónyuge varón presente en el hogar.

¹¹ Elaboración propia de datos de la EPH. Estos datos, no publicados, fueron procesados en el marco del proyecto UNFPA-CENEP de preparación del informe sobre la Situación de la población en la Argentina (Geldstein 2009a) Agradezco a Juan Martín Bustos por el cuidadoso procesamiento.

apreciar cómo el incremento del desempleo de los *jefes* varones fue acompañado por similar tendencia en las tasas de participación económica de las mujeres *cónyuges* y *jefas* de hogar¹²:



Fuente: Procesamiento propio de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), INDEC, ondas de octubre.

A medida que estas esposas ingresaban al mercado laboral, su tasa de desempleo también se incrementó, desde el 3 por ciento al comienzo de la década hasta alcanzar un pico de 18,9 por ciento en 1995, para estabilizarse después en niveles de alrededor del 14 por ciento. Aún cuando muchos de los que se ofrecieron para trabajar en esos años no accedieran a los puestos de trabajo que buscaban, la movilización de sus recursos humanos hacia el mercado laboral fue central en las estrategias de reproducción familiar de los hogares de sectores populares. Si bien es cierto que, según muestra la información a nivel agregado, esta estrategia no parece haber sido exitosa en el sentido de permitir incrementar el número de miembros del hogar ocupados (Suárez, 1998), la indagación cualitativa sobre los eventos y las experiencias a lo largo del curso de vida de familias concretas ha permitido observar que ella

¹² La presencia femenina en la jefatura de hogar registrada se ha estado incrementando en forma sostenida en las últimas décadas, cobrando importancia creciente los hogares de escasos recursos a cargo de madres con hijos menores, a la par que las separaciones y divorcios aumentaron su importancia relativa frente a la viudez en la constitución de estos hogares monoparentales.

sí contribuyó a la obtención o al mantenimiento de recursos mínimos provenientes del trabajo, pues lo que ocurrió en las familias entrevistadas fue una alternancia entre las situaciones de “ocupado/a” y “desocupado/a” de los cónyuges; dicho de otro modo, la salida al mercado de más miembros del hogar incrementó la probabilidad de que alguno/a de ellos lograra insertarse posibilitando, rotación mediante, que el hogar contara con al menos un miembro ocupado (aunque, muy frecuentemente, subocupado) el mayor tiempo posible durante la década (Geldstein, 2001)¹³ ¹⁴. Como ha sido también observado en otro contexto latinoamericano (Moser, 1997), la búsqueda de ingresos provenientes del trabajo se constituyó entonces en el principal componente de las estrategias de supervivencia y reproducción de las familias de sectores populares urbanos ante las constricciones económicas que enfrentaron en los años ‘90.

En la economía de los hogares

Hacia 1990 en 69,3 de cada cien hogares del AMBA los ingresos de un “jefe” varón representaban la principal contribución individual a la suma total de los ingresos monetarios mensuales del hogar. Muy por debajo de esta proporción le seguían, en orden de importancia, los hogares donde el principal ingreso era el percibido por las cónyuges (9,5 por ciento) y aquellos donde las principales perceptoras eran jefas de hogares monoparentales (sin cónyuge varón) (8,9 por ciento).

Como resultado de una tendencia sostenida a lo largo de la década, para el año 2000 la proporción de hogares en los que el principal perceptor de ingresos era un jefe varón había descendido al 62,3 por ciento. En forma concomitante había crecido la proporción de los que tenían como principales perceptores a otros miembros del hogar, de manera notable mujeres cónyuges y jefas de hogares monoparentales (11,8 y 11,5 por ciento de los hogares respectivamente) (ver cuadro 1) Esta tendencia se mantuvo más allá del nacimiento del nuevo siglo, especialmente entre las cónyuges, que en 2002 se habían convertido en las principales perceptoras de casi 17 hogares de cada cien¹⁵.

¹³ En los hogares en los que había hijos o hijas en edad de trabajar, esta estrategia los incluyó aunque no siempre los hijos ocupados aportaran parte de sus ingresos laborales al presupuesto familiar, como sí ocurrió cuando quienes obtenían empleo remunerado eran la madre o el padre. (Geldstein, 2001)

¹⁴ A ello debe sumarse el hecho de que, en los hogares entrevistados, difícilmente un jefe de hogar desocupado no obtuviera al menos algún ingreso esporádico mediante el desempeño de *changas* diversas.

¹⁵ Datos no presentados aquí. Esta tendencia había comenzado en la década 1980-1990, donde el desempleo masculino todavía era bajo, pero ya se notaban los efectos de la precarización del empleo y la caída de los salarios reales (Geldstein, 1994, Geldstein y Delpino, 1994)

Cuadro 1. Hogares * por posición en el hogar del principal perceptor de ingresos según tramos decílicos de ingresos per cápita familiar. AMBA, 1990 y 2000

PRINCIPAL PERCEPTOR Y POSICIÓN EN EL HOGAR	1990				2000			
	TOTAL HOGARES	DECILES 1-4	DECILES 5-8	DECILES 9-10	TOTAL HOGARES	DECILES 1-4	DECILES 5-8	DECILES 9-10
Jefe varón ⁽¹⁾	69,3	76,5	63,5	64,0	62,3	61,1	63,2	63,2
Jefa mujer ⁽²⁾	8,9	8,8	8,9	8,9	11,5	13,9	10,1	8,7
Cónyuge mujer ⁽³⁾	9,5	6,8	9,8	16,0	11,8	10,6	11,3	15,6
Hijo varón ⁽⁴⁾	7,1	5,3	10,3	4,7	9,2	9,2	9,9	7,6
Hija mujer ⁽⁴⁾	5,1	2,6	7,5	6,3	5,2	5,2	5,5	4,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Procesamiento propio de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC, ondas octubre.

Notas:

* Se excluyeron los hogares unipersonales

1. Incluye cónyuges varones
2. Sólo jefas sin cónyuge varón en el hogar
3. Incluye jefas con cónyuge varón presente
4. Incluyen pequeños porcentajes de otros parientes del mismo sexo

Este fenómeno tuvo su mayor impacto en los hogares de menores recursos. Los situados en el tramo inferior de ingresos per cápita del hogar (deciles 1-4) exhibían en 1990 la mayor frecuencia de jefes varones haciendo el principal aporte a la suma de ingresos familiares (76,5 por ciento) Pero para el año 2000 esta proporción había descendido, igualando a la observada en los hogares de ingresos medios (deciles 5-8) y altos (deciles 9 y 10). En 2002 el desempeño de los jefes varones como principales perceptores de ingresos de los hogares de menores recursos había descendido más aún (57,8 por ciento) y ya estaba por debajo de los niveles correspondientes a los hogares de ingresos medios (60,3 por ciento) y altos (66,9 por ciento) La proporción de hogares de bajos ingresos que dependían principalmente del aporte de una esposa estuvo cerca de duplicarse entre 1990 y 2000 y se había incrementado más de una vez y media para el año 2002, en que alcanzó al 17 por ciento¹⁶. Datos más recientes, elaborados para el conjunto de los principales aglomerados urbanos del país, muestran que la tendencia se habría mantenido al menos hasta 2006, cuando el porcentaje de hogares con un jefe varón como principal perceptor de ingresos había

¹⁶ Datos para 2002 no presentados aquí. Similar tendencia al reemplazo de jefes varones por cónyuges mujeres en la provisión de los ingresos familiares se observa si se considera el nivel de educación formal alcanzado por el jefe de hogar como indicador de recursos.

descendido al 57,8 por ciento desde el 64,0 por ciento observado diez años antes. En esa misma década y misma población urbana la proporción de hogares pobres ¹⁷ cuyos principales ingresos provenían de un jefe varón se redujo del 66,7 al 58,5 por ciento (Geldstein 2009a:147-149)

Estrategias familiares y curso de vida

Los arreglos previos a la crisis. Valores, significados y expectativas en torno a la división sexual del trabajo

¿Cuáles habían sido las condiciones iniciales de las parejas entrevistadas y cuáles los significados atribuidos al “contrato conyugal” (Whitehead 1991)? Alrededor de 1990 sólo dos de las doce familias completas, en las que cada uno de los cónyuges aportaba aproximadamente la mitad del presupuesto familiar, respondían al modelo de “dos proveedores”, aunque este arreglo parecía más habitual al inicio de la unión conyugal de quienes más tarde se convirtieron en jefas de hogares monoparentales. En ninguno de los hogares entrevistados en el 2000 con ambos cónyuges presentes la esposa era la proveedora principal diez años atrás, situación que sí encontramos en algunas uniones de las jefas. El arreglo típico, especialmente entre las parejas maduras, que habían iniciado su unión en los años ‘70, era uno “tradicional”, donde el presupuesto del hogar era básicamente cubierto por el varón, con una esposa dedicada a los quehaceres domésticos y el cuidado de los niños y, en algunos casos, desempeñando alguna tarea manual en forma *intermitente* (Cerrutti, 2000) y en su casa, para fábricas o talleres que pagaban a destajo, o en el servicio doméstico *por horas* a jornada parcial. Ellas destinaban esos ingresos a gastos propios o a necesidades o gustos de los hijos, o bien los reservaban para gastos extraordinarios o para contribuir a la capitalización familiar, por ejemplo la compra de vivienda. En los hogares de trabajadores calificados que eran “buenos proveedores”, las esposas se mantenían económicamente inactivas, ya sea porque nunca habían tenido un trabajo remunerado o porque, en el marco de un acuerdo conyugal, se habían retirado del mercado al unirse o al nacimiento del primer hijo. La vigencia de estas modalidades surge de los modelos familiares, de los *habitus*, y de la experiencia femenina de haber trabajado desde muy jóvenes, no por un proyecto de desarrollo personal y en una actividad gratificante, sino por necesidad de aportar al presupuesto de su familia de origen, mediante el desempeño de tareas –típicamente femeninas- rutinarias y

¹⁷ Primer y segundo quintil de ingresos per cápita del hogar.

exigentes, consumidoras de energía, poco creativas, pobremente remuneradas y con escasas perspectivas de carrera laboral.

En los términos del “contrato conyugal” explícita o tácitamente suscripto entre los cónyuges al inicio de su unión, se imponía la lógica de la división sexual del trabajo: alguien debía quedarse con los hijos y, dado el nivel de remuneración al que estas mujeres podían aspirar y sus valores asociados a la maternidad, delegar su cuidado significaba *cambiar la plata y sacrificar a los chicos*.

- ... después que me casé ya no trabajé. Después hice trabajos en casa, así... cuando yo me casé lo que yo me imaginaba, “la mujer en la casa”, porque así nos crió mi papá, que no quería que las mujeres fueran a trabajar, entonces sí...cuidar la casa, tener todo en orden, y bueno, el hombre que trabaje, tenía que proveer todas las cosas de la casa... pero a veces no se puede (sonríe) (Lisa 52 esposa de Ernesto 56, tornero mecánico desocupado)

- No, no, eso no... ¿que yo trabajara y él en casa?. No, no, eso nunca, no, no, no. [...] ¿y él se iba a quedar acá rascándose? (se sonríe). No, no, no. El que tenía que ir a laburar era él. Aparte él ganaba bien en esa época. No era una cosa de decir “bueno...yo me tengo que sacrificar, sacrificar los chicos...” [...] a mí...nunca me gustó eso de dejarlos en una guardería (Linda 45, esposa de César 50, empleado bancario desocupado)

Las crisis económicas que atravesaron los hogares en los años siguientes –en algunos casos, ya desde mediados o fines de los años ’80 cuando se informalizaron las relaciones laborales, el empleo se precarizó y descendieron los salarios reales debido a la altísima inflación- y las estrategias individuales y colectivas que desplegaron sus miembros, destinadas a afrontarlas, implicaron cambios significativos en los roles familiares, domésticos y laborales. No sólo se vieron afectados su nivel de vida y sus proyectos, sino la división del trabajo que los cónyuges habían establecido al inicio de su unión. Si bien la estrategia más general durante la caída de ingresos de los ’80 fue incrementar el recurso al trabajo informal de las mujeres, como “ayuda” o complemento al salario del varón, el desempleo masculino irrumpe en los ’90 para cambiar el sentido del trabajo de las mujeres (si bien no siempre el significado atribuido al mismo), tornándolo en fuente de contribuciones estables e imprescindibles. En esa medida, los cambios también significaron una amenaza a las identidades de género dominantes, especialmente la del varón proveedor.

Las crisis económicas en los hogares. Estrategias de afrontamiento y estrategias de resistencia

Los relatos de vida recogidos en los 22 hogares entrevistados dieron cuenta, en total, de más de cincuenta eventos críticos que afectaron su acceso a recursos económicos en uno o

más momentos durante los diez años transcurridos entre 1990 y 2000. En general, por caídas en los ingresos o desempleo de los varones proveedores. Entre los asalariados, como consecuencia del cierre de fábricas¹⁸ o la fusión de entidades financieras y de las estrategias de ajuste de las nuevas empresas empleadoras o de aquellas que continuaban en operación (tercerización de etapas de la producción o comercialización y contratos de corta duración que implicaban la rotación de personal para evitar las cargas sociales; preferencia por la mano de obra femenina, más barata y menos sindicalizada). Quienes se desempeñaban por “cuenta propia” en oficios relacionados con la construcción sufrieron la caída progresiva en la demanda de sus clientes pertenecientes a sectores medios, también afectados en su situación de empleo e ingresos, así como la competencia de los trabajadores desempleados que intentaban refugiarse en el desempeño de esos servicios, ofreciéndose como una alternativa más barata y deprimiendo los precios que podían cobrar los trabajadores calificados. La reconversión de la economía en esos años implicó la caída del empleo industrial y una demanda de fuerza de trabajo más joven (y en mayor medida, femenina) en actividades de servicios en expansión que implicaban jornadas agotadoras, bajos salarios y pobres condiciones de empleo y de trabajo (cajeras, repositores y repartidores de supermercados, personal de portería, vigilancia y seguridad, en puestos temporarios y relaciones laborales mediadas a través de agencias de empleo) No es de extrañar entonces que en el año 2000 los hombres mayores de 40 ó 45 años enfrentaran un desempleo de larga duración, matizado con *changas* ocasionales. Algunos padres de familia maduros habían mantenido sus empleos o sus actividades por cuenta propia con ingresos muy por debajo de los que solían percibir, o habían logrado un nuevo empleo formal en puestos menos calificados y mucho peor remunerados que los que habían desempeñado durante la mayor parte de su vida como obreros industriales calificados.

Él dice que a él... me comentaba siempre [...] que se sentía inútil ahí, que lo habían puesto ahí, que... como que él no servía. No es despreciando el trabajo, pero l... [...] Porque viste que los chicos a veces... [...] por vergüenza “cómo mi papá va a ir de portero”, qué se yo, viste. Entonces se lo comentamos, no, el grande dijo “papá así te den \$100 andá igual. Porque yo te quiero ver bien” [...] Si, él con el trabajo no se achica para nada. Inclusive ahora se va a las 5, 6 de la mañana y vuelve a las 10 de la noche (Gracia 42, esposa de Pepe obrero calificado 46)

Otros, de sectores sociales más bajos, con menor educación formal y calificación laboral, hacían tareas de construcción y mantenimiento de la infraestructura del barrio en

¹⁸ La apertura y desregulación de la importación fue una de las notas salientes de la reestructuración económica a comienzos de los '90, y muchas empresas no pudieron subsistir ante la competencia de productos manufacturados en el exterior con mano de obra pagada a precio vil.

contraprestación de un plan social. Los más jóvenes fluctuaban entre desempleo y subempleo, desempeñando *changas* ocasionales y alternando contratos precarios de corta duración con períodos de desempleo abierto. A pesar de su búsqueda laboral constante, las trayectorias laborales de estos proveedores durante los '90 fueron casi siempre descendentes:

*[...] y, habré ingresado mil pesos cuando andaba bien con los dos trabajos. Y después iba cayendo... Esto habrá sido del '98 al '99, un año, y después ya, bueno... me fui quedando sin los trabajos... pero uno tiene que **tratar de pelearla, de luchar con uñas y dientes para salir adelante** (Luis 34, repositor en supermercados y vendedor ambulante)*

*[...] entonces **bajar el nivel, no lo querés bajar**. Le pasa a uno. Yo no quiero que me corten el teléfono, que... ¿entendés? **Uno no quiere... deshacerse de lo que ya tiene** [...] Yo creo que... **uno siempre aspira a estar mejor** [...] siempre querés tener un poquito más por lo menos no... no tener que renunciar a lo que tenés (Vania 30, esposa de Luis, nueva trabajadora en telemarketing)*

Los efectos de la crisis son significados como ataques al nivel y estilo de vida, como amenazas disruptivas al curso planeado y previsto de desarrollo familiar que sólo pueden ser respondidas con actitudes de lucha y resistencia activa, tal el sentido que algunos discursos otorgan a las estrategias de afrontamiento. Pero el despliegue de la agencia personal para el desarrollo de estrategias eficaces fue desigual, como las constricciones del contexto a las que cada uno debió enfrentarse, y variable según el peso de la historia personal, el género, la edad y la generación de pertenencia, la identidad dominante, el capital social y el capital humano y los rasgos de personalidad con los que los diferentes agentes contaban. En términos generales, los jóvenes, ya socializados en un mundo impredecible, bajo condiciones inestables y valores en proceso de cambio y las mujeres, escudadas e impulsadas por sus identidades dominantes de *madre* y *administradora* de recursos escasos, conocedoras de las necesidades y los límites del presupuesto familiar, fueron más flexibles en su detección, creación y aprovechamiento de las escasas oportunidades disponibles que los hombres maduros, estereotipados en sus identidades masculinas de proveedor y de trabajador calificado, quienes fueron más proclives a *bajar los brazos*, presas de la depresión. Al arribar a la adolescencia, hijos e hijas habían salido a trabajar para aportar al presupuesto familiar o para solventar sus propios gastos, antes cubiertos por los padres; algunas familias contaban con ayuda económica regular de algún hijo que ya había dejado el hogar o de miembros de la familia extendida y amigos. Pero la escasez de parientes cercanos, el hecho de que la crisis y el desempleo también los golpeará -en tanto integrantes de los mismos sectores sociales y por lo tanto expuestos a las mismas constricciones del contexto- y el proceso de envejecimiento y aún la muerte de los padres, en muchos casos pusieron límites a la viabilidad de las estrategias de reproducción basadas en la

ayuda mutua, los vínculos de sangre o de afecto, la solidaridad y la reciprocidad. El acceso a ayuda pública o privada a través de redes sociales, implicó un trabajo constante para la obtención de recursos de peso variable (pero indispensable) en el presupuesto familiar (becas escolares, planes sociales de vivienda, distribución de alimentos básicos, empleo temporario, etc.)¹⁹. Esta búsqueda fue un trabajo principalmente asumido por las madres de familia, como lo fueron la contención del gasto, el reemplazo de bienes y servicios adquiridos en el mercado por la manufactura casera y el trabajo en el servicio doméstico, el cuidado de niños, ancianos y enfermos, la pequeña producción o ensamblaje en domicilio pagada a destajo por talleres y fábricas y la comercialización informal, doméstica y barrial, que aprovechó calificaciones, *habitus* y redes femeninas y también incorporó mano de obra familiar, incluyendo la de los esposos desocupados, a los microemprendimientos de base barrial o domiciliaria, como la preparación y venta de comidas y los típicos *kioscos* de venta al menudeo instalados en la sala, junto a la ventana del frente de la casa (Geldstein 2001, 2004). Como resultado de estas dispares confrontaciones entre estructura y agencia, en el 2000 ya sólo un hogar con ambos cónyuges presentes respondía todavía al modelo de varón único proveedor y en otros dos los hombres todavía eran el principal sostén. En los demás, ellos habían tenido que ceder o compartir este rol: algunas esposas que antes aportaban ingresos complementarios se habían convertido en principal proveedora o en único sostén económico y las *amas de casa* del pasado habían devenido trabajadoras complementarias pero estables o contribuían ingresos en un pie de igualdad con el esposo. Algunas de las jefas de hogar entrevistadas en el 2000 habían disuelto sus uniones conyugales durante esos años o poco antes, como resultado final de los conflictos generados por la imposibilidad de sus compañeros de aportar una contribución económica estable y/o de adaptar sus roles a las nuevas condiciones, sosteniendo o incrementando sus contribuciones en trabajo reproductivo. Aunque algunas de estas rupturas se definieron por la infidelidad o el abandono del hogar por el esposo, en otras la decisión fue tomada por la mujer, después de un período variable, y a consecuencia del alcoholismo irrecuperable y la violencia que el hombre estaba ejerciendo sobre ella o los hijos, habiendo perdido la autoridad paterna y la legitimidad de su pertenencia al hogar.

Al parecer ningún marido pidió o sugirió a su esposa que trabaje. La iniciativa en esta muestra parece haber sido siempre de ellas, producto de un *sentido práctico* femenino, puesto en juego en la evaluación de una situación compleja:

- ¿cómo salió la decisión de que vos empezaras a buscar trabajo?

¹⁹ Los planes sociales y la ayuda de ONGs o de personas allegadas, ya sea en dinero o en bienes de producción o de consumo, significaron recursos complementarios para algunos hogares y fuente única o principal para otros.

- Yo creo que mi pecado ha sido siempre hacer, y [...] que cuando ya me di cuenta, yo ya había tomado la decisión y no lo había consultado... con el quiosco [empecé] ya hace 4 años más o menos, porque ya necesitábamos... los chicos iban creciendo y [...] se necesitan monedas todos los días y mi marido era mensual [...] Él hace 6 meses que se quedó sin trabajo, pero hace más o menos 5 años [...] cuando se bajaron los sueldos, a él le bajaron el sueldo... (Rosa 47, principal proveedora, esposa de Cacho 47)

- Y, porque la situación nos llevó a que... [...] yo también venía buscando trabajo... Si [Luis] no iba a conseguir un trabajo menos iba a conseguir dos, como nosotros para vivir necesitamos dos trabajos... yo nunca había trabajado porque bueno, Luis no quería, prefería que yo estuviese acá, con los chicos, bueno... pero ya ahora no podíamos, además ahora era digamos un poco más fácil en el sentido de que [los chicos] ya están más grandes [a Luis] no le quedó otra [...] y entonces, bueno, no le parece tan mal porque yo el horario que hago son seis horas... (Vania 30, esposa de Luis 34)

Estas mujeres raramente manifestaron sentirse violentadas por haber tenido que tomar la decisión de salir a trabajar. Posiblemente, porque el tipo de tareas que desempeñan para el mercado no difiere significativamente de aquellas a las que siempre estuvieron habituadas y por las cuales no cobraban y, en algunos casos porque ellas siempre habían trabajado y contribuido al presupuesto del hogar, aunque en esta ocasión debieron incrementar sus esfuerzos. Fundamentalmente, es el sentido de su trabajo lo que cambia, adquiriendo, por la remuneración, un sentido masculino, empoderado y valorado. Su identidad femenina no sufre menoscabo y las mujeres pueden evaluar en forma positiva la autonomía económica y las nuevas experiencias adquiridas:

[...] uno sueña... qué sé yo, tu marido, en la familia, que uno de repente lee en las revistas... en los libros de lectura de antes uno veía al papá que iba a trabajar y uno de repente... el marido real cambia. Yo siempre tuve que trabajar. Siempre he tenido que tirar para que la familia siga, y bueno... uno se va amoldando... años atrás le hubiese dicho que hubiera preferido quedarme en casa, pero creo que me he ganado mucha experiencia, muchas cosas, que he ido incluyéndolas en mi familia, lo que he visto afuera. Así que **creo que fue de mucho más provecho el hecho de tener que salir.** (Rosa 47, principal proveedora, esposa de Cacho 47)

- ¿le parece que el hecho de salir a trabajar cambió algo dentro de su matrimonio?

- Sí. Yo me hice muy autoritaria [se sonríe] Es como que yo fui el hombre de la casa, porque era la que más traía. Yo ganaba bien... en el taller... cuando trabajé limpiando casas... (Lisa 52 esposa de Ernesto 56, tornero mecánico desocupado, con changas ocasionales)

Los hombres, por el contrario, se sienten *degradados*, *perdidos* y obligados a *bancarse* una situación que hiere su *orgullo* masculino. Ellos no sólo pierden el poder objetivo asociado al salario. Al no poder *ser solventes de la casa*, se sienten *en falta* con el mandato recibido y es la esencia misma de su identidad masculina, profundamente enraizada en su rol social de proveedor familiar, que se encuentra amenazada:

[...] cuando pusieron el pedido que se necesitaban operarios vinieron como 180 [...] y había uno que decía “tengo la ropa ahora, pagáme lo que querés”, hacía cuatro años que no trabaja [...] **la degradación del hombre** [...] [le digo] “mirá que están dando creo que 20 pesos por semana”, “no importa, dame 10, pero dejáme venir a trabajar, vengo a trabajar gratis, no quiero estar más en mi casa” dijo uno. Yo decía... “cuánto manoseo”. Después lo viví yo en carne propia (Pepe 46, esposo de Gracia 42)

... yo soy un tipo que todo el tiempo me gustó llevar adelante la casa yo. Todo lo que sea **provisión** de dinero, traerlo yo [...] yo soy el que tengo que traer para la familia. Y ahora me encuentro con que **no sé si se han cambiado los roles, o la situación del país, o yo me estoy volviendo medio loco**, pero ya uno por más que se esfuerce no puede vivir dignamente, no puede llegar a mantener a una familia como corresponde, entonces uno se vuelve loco. No sabe qué hacer (Luis 34, esposo de Vania 30, padres de 4 hijos)

Socialmente fue un desastre todo esto. Socialmente impacta más al hombre que a la mujer. [...] Es decir, el que pierde el tr... el que está sin hacer nada, [...] porque la mujer sigue haciendo algo en la casa, qué sé yo, algo puede hacer, pero el hombre se encuentra perdido. (César 52, esposo de Linda 45)

Mi idea de la mujer, no por ser machista, es ser ama de casa. [...], que mi señora no tendría que salir...no a mendigar, a trabajar. Pero me...pero viste...**me la tuve que bancar, porque la situación no da para que labore uno solo, tienen que laburar los dos**. Ahora ya me acostumbré. [...] pero ahora es así, ¿querés progresar? Tienen que laburar los dos (Guille 24, desocupado, esposo de Caro 29, se incorporó al kiosco que ella abrió en la casa)

Para ellos, *quedarse en casa* y restringir sus contribuciones al trabajo doméstico socialmente devaluado, no es una opción deseable. A lo sumo, como aceptar con resignación *la salida* de la esposa al mercado, *ayudar* de manera selectiva es una concesión provisoria que su sentido práctico hace en nombre de la *necesidad*, como un mal menor ante la amenaza de la indigencia:

- ¿pero si no hubiera lavaropas, quién lava la ropa?

- y, la lavará mi señora, y **la ayudaré yo como pueda** [...]... como ahora cuando estoy en casa que lavo los platos, o hago la cama, eso desde ya [Ayudo] en todo. Menos en planchar no. Coser y esas cosas no [...] (Ernesto, esposo de Lisa)

Sí, hay muchos cambios. Yo diría que la madre por lógica tendría que cuidar sus hijos y estar atenta a la vida de sus hijos, en cambio [...] tienen que salir a trabajar [...] **ahora [el sueldo del padre de familia] pasó a ser una... una colaboración** [...] Ya entre los dos estamos subsistiendo. [Las tareas domésticas]... 95 por ciento las hace Vania. Porque yo soy... el típico tipo que no... Trato de no hacer nada en la casa. **No me gusta** hacerlo, salvo un pequeño arreglito que haya que hacer (Luis)

Como están las cosas hoy, que trabaje la mujer es algo normal. En el caso mío quizás lo **anormal** sería que mi señora hubiera decidido trabajar...porque yo tengo los chicos chicos. A mi me gustaría que mi mujer siguiera estando en casa como un ama de casa y como la mamá de mis hijos, a la par de ellos, viéndolos crecer. Y bueno, **vamos a arreglarnos como podamos** [con menos dinero]. No es una cuestión machista, sino que es una cuestión que cuando él sea más grande [pueda decir] “a mi mamá la veía todos los días” [...] **yo la ayudo a ella**, pero me doy cuenta que no... Que si yo lo tuviera que hacer solo, como parte de mi vida, me costaría. Me costaría más que...no sé si por costumbre o por la forma de ser mía. Me costaría mucho **tener que hacer de amo de casa**, me doy cuenta que no... **no podría**... (Pepe, esposo de Gracia)

El desarrollo de las formas, reales y simbólicas, con que hombres y mujeres intentaron defender sus identidades y sus proyectos excedería el espacio de esta ponencia²⁰. Pero los testimonios que acabamos de mostrar ilustran cómo los sentidos asignados por los hombres a su *ayuda* doméstica constituyen una de las formas de resistencia masculina con la que ellos intentan mantener la vigencia de las *fronteras de género* (Gerson y Peiss 1985, Potuchek 1997) Sin embargo, y contra lo que se supone con frecuencia, la colaboración o la aceptación de mayores responsabilidades en las tareas domésticas y de cuidado, no parece haber sido una fuente significativa de conflicto en estas parejas, ni por la actitud de las esposas, que no la exigieron como una reivindicación de género (ellas también estuvieron interesadas en que las fronteras de género no se borrarán por completo) ni por la de los maridos que, a gusto o a disgusto, desempeñaron también su parte de labor reproductiva cuando la lógica de la división del trabajo entre adultos y la presencia de niños de corta edad lo hizo necesario.

Aproximación al funcionamiento y mecanismos de los conflictos cooperativos

Suma y división de las disponibilidades totales

Aunque sucesivas lecturas permiten descubrir matices y variaciones, dependiendo de diferentes características y circunstancias, la constitución de un *pozo común* fue la referencia espontánea más usual en las parejas entrevistadas, especialmente entre las más jóvenes, donde sería habitual que los aportes de ambos cónyuges se coloquen en un mismo lugar físico, donde ambos tienen acceso y conocimiento del monto reunido, y del que pueden retirar para sus necesidades personales menores, dejando la mayor responsabilidad del manejo del dinero para los gastos corrientes del hogar y las necesidades de los hijos menores a cargo de la figura de *administradora* de la esposa, quien además suele tomar la iniciativa -proponiendo o consultando al marido- sobre los gastos extraordinarios relacionados con el equipamiento, mantenimiento y mejoras del hogar.²¹ La identidad de *administradora* de la esposa, en razón

²⁰ La cuestión de las resistencias masculinas simbólicas fue parcialmente abordada en Geldstein (2009)

²¹ La agregación de ingresos, la contribución monetaria de ambos perceptores o del único perceptor a un pozo común, generalmente administrado por la esposa-madre parece haber sido el sistema más generalizado de manejo del presupuesto del hogar en las familias de sectores populares. Éste es un sistema que tiene su origen en patrones culturales muy enraizados, cuyos antecedentes los entrevistados reconocen en el modelo de su hogar de orientación donde, con un padre proveedor y una madre *ama de casa*, el comportamiento habitual y percibido como legítimo, era la entrega que el marido hacía *del sobre* con el salario completo a la esposa, para que ella lo administrara. Un patrón similar seguían los hijos o las hijas que trabajaron desde muy jóvenes para contribuir al presupuesto familiar que administraba la madre, sistema especialmente frecuente, aunque no exclusivo, entre los que vivieron con una madre jefa de hogar sin cónyuge.

de su mayor conocimiento de las necesidades domésticas y del reconocimiento de su eficiencia y confiabilidad para cuidar el dinero y hacer que los recursos escasos alcancen para satisfacerlas, fue prácticamente un lugar común en los discursos femeninos y masculinos; los hombres suelen reconocer que ellos no saben nada de administración y que no conocen cuánto se necesita para los diferentes gastos que componen el desembolso cotidiano del presupuesto familiar.

-¿qué sistema tienen para manejar la plata [...]?

-Nosotros hacemos un pozo común y es de la familia. Eso es de los cuatro. Digamos haya que usarlo para lo que haya que usarlo, siempre fue así, desde que estamos juntos. [...] supónete que Guille tiene un sueldo de 300... 600 pesos, yo tengo un sueldo de 400, son 1000. Esos mil pesos van al lugar donde está siempre la plata nuestra... todo junto.[...] Si yo necesito...que necesito comprarme algo personal, saco de ahí y nada de estar diciendo "mirá, saqué para tanto". (Caro)

- La administradora soy yo, digamos. Luis va a trabajar, y... no tiene muy claro cómo [...]. Eso, desde el año 85 fue así, así que nooo... Eso también es culpa de una no?... pero bueno, en mi casa siempre fue así y bueno, cuando yo me casé con él fue así también, no se por qué. [...]Y bueno, nunca se planteó de... él no sabe ni lo que se paga de nada [se ríe] es típico, él sabe que va a trabajar y que bueno... (Vania)

-Cuando me casé con ella le dije "mirá, yo cuando cobre, toda la plata va a vos. Yo tengo que tener la confianza que vos no vas a hacer macanas", ella maneja la economía en casa, a veces tiene que manejarse con lo que le entrego hoy por hoy y tiene que llegar a fin de mes. Yo no pregunto ni en qué gasta ni en qué lo gasta.Lo único que voy es que llegue fin de mes y haya plata para poner comida en la mesa. (Pepe)

-¿creés que en general eso la mujer lo hace más...administra mejor la casa?

-En el caso mío si. [...] Conozco casos en que la plata la administra el hombre, "esto para el día"... En el caso mío no, en el caso mío es diferente. Que la administre ella y que ella sea la responsable de llegar a fin de mes. Porque sino...en mi caso...si no hay confianza es como que no funciona la cosa.(Pepe)

En otros casos, bajo la misma denominación, el *pozo común*, cuando solía haber ingresos estables de ambos cónyuges, cobra el significado de que todo o la mayor parte de lo que ingresa se asigna a gastos comunes del hogar o a necesidades de los hijos, aunque el dinero no se junte físicamente, sino que cada uno asume el pago de algún rubro y, en todo caso, se reserva un mínimo para sus gastos personales imprescindibles, como el transporte al lugar de trabajo. En general, y en el contexto de constricciones en el que vivían estas familias, los principales gastos, que se llevaban prácticamente todos los ingresos –o a veces, por insuficiencia de los mismos generaban deudas- eran el pago de alquiler de la vivienda o de una cuota del crédito con el que se había accedido a su propiedad, además de los servicios básicos y, por supuesto, la alimentación:

Si, si. O sea, él me decía: “Yo con esto pago la casa, y vos con tu sueldo pagás... [se ríe] “lo que puedo pago”, le digo, “porque con 200 pesos...” bueno, pagaba los impuestos, el teléfono. Nos poníamos de acuerdo. El siempre pagó la cuota de la casa (Lorena 36 , esposa de Aldo 36)

Sólo en las parejas en las que el marido había sido siempre el único o el principal proveedor porque la mujer nunca tuvo trabajo remunerado o se limitó a las tareas típicamente femeninas de modo intermitente o a tiempo parcial con el carácter de *ayuda* a las contribuciones del marido, encontramos la modalidad del control total de su aporte en manos del esposo, quien le entregaba una asignación semanal, básicamente para los gastos de alimentación. En los casos en los que esta asignación era insuficiente, la esposa (ocultándolo a veces al marido) desarrollaba alguna actividad generadora de ingresos o de ayuda social, y/o recibía aportes en dinero, en comida o en zapatillas para los hijos menores, de sus hijas adolescentes o jóvenes, ya incorporadas al mercado de trabajo, o de algún otro miembro de la familia extensa.

En términos generales y coincidiendo con lo que se suele afirmar en la literatura, también en este caso los discursos sugieren que cuanto mayor es el control de la madre sobre los recursos, mayor es la proporción que se destina al bienestar de los hijos, aún a costa de la postergación, por propia decisión, de las necesidades e intereses personales de la madre. Pero en términos singulares, como es preciso tener en cuenta en la lógica cualitativa, en esta muestra también hemos encontrado padres que asignaban la primera prioridad a la educación formal, al bienestar y a la construcción de un futuro mejor para sus hijos.

Contribuciones percibidas (y valoradas)

El reconocimiento, por ambas partes, de las contribuciones productivas o reproductivas de la pareja, se reveló como un mecanismo eficiente en contrarrestar el conflicto o mantenerlo dentro de límites tolerables para que la convivencia continúe de manera armónica. De hecho, las parejas que parecen con mejores perspectivas de mantener la balanza inclinada hacia el lado de la cooperación serán aquellas donde hay mayor coincidencia en el reconocimiento mutuo de las contribuciones, lo que fue registrado tanto en el número de segmentos de los discursos codificados como reconocimiento o percepción de contribuciones positivas del otro al bienestar del grupo, como en la coincidencia en cuanto a los comportamientos, actitudes y/o valores concretos reconocidos como contribución, propia y del otro, por esposas y maridos. En este punto se sintetiza el copioso material obtenido en este tema. El estrés producido por la caída o la pérdida total de los ingresos (un punto de inflexión en los proyectos de vida) fue identificado como un disparador o intensificador de discusiones

o conflictos conyugales. En lo que sigue, y entretejidos con las contribuciones (como aparecen en los discursos), se señalan otros motivos más específicos.

Entre estas parejas que permanecieron unidas, la forma de distribución de los recursos (*la división*) no resultó el motivo más generalizado de conflicto, aunque sin duda apareció en algunos discursos femeninos, referidos al *derroche* del compañero en algunos de los típicos vicios masculinos: *el tabaco, el club, el juego y los amigos, el alcohol*²². A ellos se podría agregar la menos enfatizada falta de voluntad o *vagancia* para recorrer supermercados en busca de mejores precios *que suman* pequeños pero significativos ahorros de los limitados recursos -acciones que ellas atribuyeron a sus propios y sacrificados aportes positivos-. La falta de agencia del marido -considerado *conformista*, buen proveedor pero que no aprovechó la etapa más productiva de su vida y la alta demanda de fuerza de trabajo industrial calificada de ese entonces (*los '70*) para tratar de ganar más y acceder a la propiedad de una vivienda, o los *quedados*, que *bajan los brazos* y no hacen todo lo posible por conseguir empleo, o se resignan a considerarse inempleables o a arriesgar y perder el patrimonio familiar-, ejemplifica el motivo paradigmático de conflicto desde el punto de vista de las mujeres.

¿por qué discuten [...] por la situación, tienen distintos puntos de vista?.

Ella...la discusión que tenemos ahora...yo salgo a buscar trabajo. Pero bueno, volvemos al tema de antes: yo estoy anotado en varias agencias, y no me llaman. Fui a fábricas, no me llaman. [...] pero discutimos precisamente por la situación, pero siempre todo como le decía antes. Todo tiene un límite. Después nos sosegamos, nos comprendemos, hasta nos pedimos perdón por algún exabrupto que haya, y bueno... [...] no distintos puntos de vista, es que...ella piensa que yo tengo que salir...conseguir de alguna manera más, ella me exige a mí que tengo que caminar más. Yo he caminado, me he caminado 12 kilóme tros diarios para no gastar en colectivo, [...] y bueno... [me dice] "no puede ser que vos no encuentres", "no puede ser esto, no puede ser aquello. Lo que pasa que vos también sos un dejado" y bueno...palabra va, palabra viene, a veces se sube de tono y bueno, pero todo queda ahí... (Ernesto 54, esposo de Lisa 52)

[...]La mujer pone el hombro, si, quiere ayudar, pero cuando le sale esos instantes en que sale el re..., el reproche [...] Lo más triste de esto es cuando se cae en el reproche. Porque acá pueden pasar dos cosas, dos cosas, o uno se une indisolublemente o se terminó todo. El caso nuestro pareciera ser que todavía...da para un poco más, no sé, yo no quiero decir que esto... pero, se habla, se habla, con ella hablamos. (León 59, esposo de Suspiros 43)

En un contexto donde la búsqueda de recursos económicos y de un imprescindible ingreso monetario había llegado a constituir prácticamente una obsesión cotidiana, no es de extrañar que las contribuciones productivas, especialmente las provenientes del trabajo remunerado, fueran las más reconocidas por mujeres y varones. Debido a la situación objetiva

²² El alcohol, cuando constituye una adicción –y acarrea violencia familiar, la dilapidación del salario completo o el abandono de responsabilidades laborales y/o familiares-, ha sido el motivo de ruptura de uniones entre las jefas y el motivo más serio de las pocas situaciones de potencial ruptura vincular entre las mujeres unidas. La total *irresponsabilidad* masculina hacia los hijos y el bienestar colectivo de la familia es de hecho, lo que las mujeres no pueden tolerar.

de la mayoría de los varones de la muestra, los reconocimientos de sus mujeres, especialmente de las compañeras de los maduros y otrora buenos proveedores, se concentraron en las contribuciones pasadas, obtenidas con dedicación y sacrificio por el padre de familia que *siempre trabajó*, y en su agencia presente en la difícil búsqueda de una nueva inserción laboral propia (él *no baja los brazos*) o su apoyo y colaboración hacia los proyectos productivos de la esposa. El reconocimiento masculino hacia los esfuerzos laborales de las compañeras pareció demorarse hasta que rindieron sus frutos materiales y ellos tuvieron que rendirse ante la evidencia, especialmente cuando la agencia femenina se había dirigido a la instalación de un microemprendimiento, un proceso que implica cierto riesgo y tiempo para recuperar y reproducir lo invertido.

La decisión fue de mi señora. Yo estoy totalmente en desacuerdo, estaba antes, porque yo pensaba que para montar un kiosco tenía que poner más de mil y pico de pesos. Yo no los tenía. Encima fue que mi señora primero quería poner una lencería, que no hay ninguna por acá. Después me tiré al rubro kiosco y librería. Primero librería, y después kiosco, porque los chicos van a la librería y después quieren comprar alguna golosina. Y me salen más las cosas del kiosco que la librería. Porque acá tenés cada 7, 8 cuadras una librería, entonces por acá no hay y tengo un colegio enfrente. Esa fue una decisión más para poner el kiosco. Yo estaba en desacuerdo total. Mi señora montó el kiosco, lo armó ella, yo la ayudé un par de veces, y yo bueno, yo la verdad que me equivoqué, se lo dije a mi señora. Yo ahora lo abro al kiosco, lo cierro yo, lo atiendo yo, me quedo yo. Porque no tengo trabajo, entonces, ella va a hacer las compras, ella limpia la casa, entonces yo me quedo adentro del kiosco. Cuando yo me voy a buscar trabajo se queda ella. Pero es de ella... bah! es de los dos, pero para mi es más de ella, pero ahora parece que es más mio porque yo lo atiendo más que ella el kiosco. Yo lo abro, yo lo cierro, yo lo barro, yo lo limpio. Hago todo, viste? como si tuviera...como chico con juguete nuevo estoy. Y bueno, gracias a Dios con eso estamos comiendo, no sacamos gran diferencia, pero por lo menos sé que no me va a faltar para darle de comer a mis hijos. Sé que voy a poder llegar a pagar la luz, a pagar el gas, teléfono [...]porque sí o sí tengo que tener teléfono por los chicos. (Guille 24)

Pero los reconocimientos no se limitan a la provisión económica directa. Las madres valoran las contribuciones de la pareja a las tareas domésticas y de cuidado, aunque no parecen exigirlas a los maridos que contribuyen económicamente a costa de largas jornadas laborales.

-¿y ahora me dijiste que acá las tareas domésticas más o menos las reparten, las hace el que puede? ¿eso fue siempre así, o en épocas que tenía más trabajo...?.

-no, no, si él trabaja todo el día y todo, no. Tampoco voy a pretender que venga de trabajar a las once de la noche y que le diga "mirá, quedaron los platos, lavame los platos", porque pobre lo mato [se ríe]. (Caro 29, esposa de Guille 24)

Eh, yo, yo digo, la paciencia que le ha tenido a ellas dos, que yo me iba al colegio, yo estudiaba, yo me iba a las 7 de la tarde, venía a las 11 de la noche cuando yo iba, terminé el secundario de noche. Y él se quedaba con ellas, [...]y entonces las bañaba él, les daba de cenar, las acostaba, yo llegaba ya estaban durmiendo, entendés? [...]Todo eso, cuando empezó a trabajar tanto y a desacostumbrarse, cambió un montón [cuando ya tenían los dos hijos menores]. Porque yo siento eso hora, que no tiene paciencia. Yo me enoja porque, claro, [...] no tiene el contacto del diario de los chicos. Entonces yo creo que él ya va perdiendo mucho... que todo, que la situación económica lleva a perder un montón de cosas en la familia. Porque no compartir un fin de semana con el papá, que se va a trabajar sábado y domingo, entonces es como que... que los chicos

también... Pero bueno... qué se yo, ahora [que yo trabajo] [...] cambió un poco otra vez porque él bueno, ahora los va a buscar a la escuela, igual esto, que se yo es media hora, pero que hace, o sea al contacto con el padre...(Vania)

Estos testimonios fueron seleccionados porque no sólo ilustran la lógica de la división del trabajo y la razonabilidad de las prácticas sociales, sino también la forma en que esas prácticas –y sus interpretaciones subjetivas- cambian a lo largo del curso de vida familiar, cuando llegan más hijos, los primeros crecen y pueden ayudar, pero incrementan las necesidades económicas en un contexto que, en ese lapso, se ha vuelto más excluyente para los trabajadores.

Los hombres, por su parte, perciben o reconocen escasamente las contribuciones reproductivas de la mujer en lo que hace a tareas domésticas y cuidado de los hijos, seguramente por estar naturalizadas como femeninas, y por no formar parte de su experiencia personal como agentes, excepto cuando por alguna circunstancia (como enfermedad o ausencia de la esposa) les ha tocado a ellos desempeñarlas, como a sus mujeres, en calidad de responsable directo:

Si porque te encontrás viste que tenés vamos a decir, tenés que solucionar muchas cosas. Porque justamente estaba... era con cama que trabajaba [mi señora]. Venía los sábados a la mañana y ya tenía que ir los domingos a la tarde, toda la semana me tenía que arreglar yo. Tenés que solucionar muchas cosas viste, [...]... llevar, tenía que poner yo la carga... no?, en el hombro también. Pero como antes no, no le daba importancia, era todo a cargo de mi mujer. Era... tenés que tener la comida a los horarios, porque éstos tienen que ir al colegio, tenés el kiosco que tenés que levantarte a atender, tenés que salir a comprar, y eso nunca lo hice yo [...] A mí me cambió totalmente la vida. Te ponés a pensar, me puse a pensar “esto no puede ser”. Nunca me gustó que salga a laburar ella, nunca [...]. Creo que para mí la mujer se hizo para la casa. Mira que muchas veces me dijo, “por qué no me voy a laburar yo también”, y “no para qué, si estoy yo. Quedate”, es así viste. Por eso que es pesado estar acá adentro [...]Sin embargo tengo que compartir yo con ella, con esa carga que tiene ella todos los días acá. Estar acá todos los días... y... fijate que no hay moneda que te alcanza para comer, para el boleto de los chicos. Y eso, eso es feo. Lo veo feo yo ahora, que antes no lo veía. [Cacho 46, esposo de Susana 47, desocupado, con plan social de empleo temporario y ayudando en el kiosco de S.]

Como ya se sugirió, una de las contribuciones reproductivas de la esposa que los hombres más parecen percibir y valorar es la de *administradora* de recursos escasos, que les permite a ellos desentenderse de la enojosa cuestión de que el salario que le entregan es insuficiente para cubrir con holgura las necesidades del presupuesto familiar. En algunos casos esta valoración se relaciona con un mecanismo de ocultamiento-negación del hecho de que la esposa, para poder cubrir el presupuesto, debe desempeñar ella también alguna ocupación productiva que no es abiertamente reconocida como *trabajo* productivo, para contribuir al trabajo emocional, que ambos realizan, de mantenimiento simbólico de la identidad masculina de buen proveedor (Geldstein 2009b).

El trabajo reproductivo de tipo emocional se manifiesta de diversas formas y con bastante frecuencia es valorado –y reconocido al otro- de manera explícita por hombres y mujeres que reconocen el apoyo moral y el afecto de su pareja como fuente de realimentación de la propia agencia.

En cuanto a la relación en la pareja, ¿cómo influyen estos cambios de la cuestión económica?.

-en el caso mío por ejemplo...hubo como un afianzamiento porque yo fui de fácil caer en este...Cuando fue...que me quedé estos cuatro meses sin trabajo, no tenía problemas económicos, sino que tenía problemas que no conseguía trabajo, mi propio ego... [...] Bueno...pero tuvimos un afianzamiento porque como se manejaba la situación, ella manejaba la situación hacía que no se notara que no había trabajo. Y después en estos últimos tiempos... [...] -yo me di cuenta en otras parejas donde no hay plata la mujer insiste "no tenemos esto, no tenemos aquello, mirá que se vence la luz, mirá que se vence..." y ella jamás venía y me decía "mirá que se vence esto, mirá que se venció lo otro". Y lo mismo pasó en estos últimos tiempos. No había una presión en la parte económica de decir "mirá que no tenemos, mirá que no tenemos". Uno se da cuenta que no hay plata porque si no ingresa plata, ¿viste?...Pero bueno, ella cobraba de su trabajo y bueno...cambiaba un poco el panorama. (Pepe)

Su esposa, Gracia, brindó riqueza de detalles sobre sus estrategias de sostén emocional al esposo en riesgo de depresión, desde *sacarlo a caminar por la plaza y hacerle bromas* a sostener, con la colaboración del hijo adolescente, la identidad y el orgullo de proveedor del marido, ayudándolo a aceptar y valorar un empleo seguro (portero en el colegio al que asistía su hija), aunque por debajo de sus calificaciones y nivel de sus salarios pasados. La aceptación de ese puesto, obtenido gracias al capital social de ambos cónyuges, construido con su participación en la iglesia que sostenía la institución escolar y sus valiosas contribuciones pasadas a la misma, incrementó el respeto y la autoridad de las siempre gozó en su familia y le brindó nuevas oportunidades de intercambios económicos y emocionales positivos en el ámbito laboral. En contrapartida, los *reproches* de algunas esposas constituyeron prácticamente la única valoración negativa que los hombres hacen explícita al hablar de la agencia de su pareja.

Reflexiones finales

Los efectos de la crisis y las consecuencias de las estrategias diferenciales que hombres y mujeres de sectores populares pusieron en juego para defender la reproducción familiar implicaron profundas transformaciones en la vida cotidiana y en los arreglos basados en la división sexual del trabajo entre los cónyuges. La interpretación de los discursos de algunos agentes sociales concretos sugiere que el modelo económico implementado a comienzos de los '90 amenazó no sólo el bienestar material de sus familias, sino también la

continuidad de sus proyectos y estilos de vida. En tal contexto, las estrategias de reproducción familiar necesitan ser conceptualizadas no sólo en su aspecto de racionalidad económica, como un conjunto de acciones de resistencia a la pobreza, sino también en sus dimensiones objetivas y subjetivas de resistencia a la ruptura de las fronteras de género. Las estrategias de reproducción familiar son también estrategias de reproducción (o de re-producción, de cambio) de las identidades y las relaciones de género (Hollway 1984) en contextos adversos y cambiantes.

Se presentó un intento de aplicación del concepto de conflictos cooperativos al análisis empírico de los procesos de negociación explícitos o implícitos en los discursos individuales con los que los cónyuges de esta muestra interpretaron las acciones propias y del otro y sus consecuencias a lo largo de diez años del curso de vida familiar (vidas vinculadas). Los resultados sugieren que, en la medida en que las mujeres dedicaban más tiempo y esfuerzos al trabajo remunerado, la participación de los varones en las tareas domésticas y de cuidado no parece haber constituido una exigencia femenina ni un motivo principal de conflicto en estas parejas, sino el aporte más o menos natural de una contribución, necesaria y valorada, al complejo entramado cooperativo de la división del trabajo que hacía posible la reproducción familiar en medio de fuertes constricciones estructurales. De manera similar parecen haber funcionado los reconocimientos mutuos a otras contribuciones productivas y reproductivas, presentes y pasadas, materiales y emocionales, de unos y de otras, cuando pudieron ser interpretados en términos de un esfuerzo personal de cambio de la pareja por el bienestar del grupo familiar y en esa medida consideradas acciones legítimas de acuerdo a valores compartidos. La capacidad de ponerse, simbólica y literalmente, en el lugar del otro implicó la oportunidad de aprender, de incorporar nuevos *habitus* y prácticas a través de la experiencia, que también enriquecieron el sentido de agencia personal y, al flexibilizar las fronteras de género sin borrarlas por completo ayudaron a sostener sus respectivas identidades de género y a la vez expandieron sus propiedades y dimensiones. Estos logros, donde y cuando fueron alcanzados, implicaron procesos para nada exentos de sufrimiento y de marchas y contramarchas a medida que variaban las composiciones y condiciones del grupo familiar a lo largo del curso de vida y se abrían o cerraban las oportunidades y recursos del mercado laboral y de otras fuentes de ayuda para aquellos de sus miembros que se encontraban o no en el lugar indicado y en el momento justo.

Como siempre, quedan nuevas preguntas por ahora sin respuesta. Entre ellas, si algunos de los logros habrán podido ser mantenidos por los protagonistas más exitosos de este estudio o por sus hijos ya adultos una década más tarde, y si las mejores condiciones de la

economía argentina después de 2003 habrán o no significado, y en qué forma y con qué impactos en la vida familiar, nuevas oportunidades al alcance de las y los más castigados y/o nuevas constricciones, para ellos y para otros agentes de las clases trabajadoras, y qué estará ocurriendo y que podrá ocurrir con el género y la provisión en el nuevo escenario internacional que asoma a partir de la crisis iniciada en las economías avanzadas a partir del 2008. Alguna información estadística presentada aquí sugiere que por lo menos las mujeres no han dejado el mercado de trabajo para volver a sus antiguos roles de amas de casa de tiempo completo y que por ahora siguen y posiblemente seguirán manteniendo una participación significativa en la provisión familiar y que en ello, como en la persistencia de la disolución de uniones y la formación de hogares monoparentales, intervienen no sólo los cambios económicos sino también, con influencia creciente, los cambios culturales.

Al nivel micro, que más espacio ha ocupado en este trabajo, es difícil pensar que quienes aprendieron duramente sobre la necesidad de al menos dos ingresos como reaseguro de la subsistencia ante los vaivenes del mercado lo olviden fácilmente por la tentación de la domesticidad. Es posible que, en la medida en que las mujeres sigan integrándose al mercado de trabajo y permaneciendo en él, ganando autonomía y posibilidades de hacer aportes económicos, y que continúe habiendo restricciones para el pleno empleo de los hombres en ocupaciones de calidad, las contribuciones percibidas se desplacen más del ámbito económico para considerar el conjunto de estrategias cooperativas que los cónyuges y ex cónyuges pueden o necesitan desplegar para asegurar la educación, la seguridad y el bienestar de los hijos en un contexto social cada vez más riesgoso para los niños y adolescentes. En términos generales, pareciera que el incremento en la participación masculina en el trabajo doméstico fue un efecto de los reacomodamientos y cambios en las rutinas cotidianas desplegados como mecanismos compensatorios por las parejas durante los años de la crisis. Es posible que no se deba esperar una reversión importante de esta tendencia. En los matrimonios maduros porque difícilmente los hombres hayan podido recuperar la posición de único o principal proveedor en la recuperación económica registrada en 2003-2007, debido su baja empleabilidad por la edad avanzada principalmente, pero también a su inadecuación tecnológica y las rigideces culturales. En los más jóvenes, porque sus uniones ya se establecieron bajo principios más igualitarios de división del trabajo doméstico y extradoméstico, y entre los hijos de las parejas que sufrieron la crisis de los '90, porque ellos ya se socializaron teniendo padres más cooperativos y madres trabajadoras como modelos y porque también crecieron expuestos a las influencias de los discursos más igualitarios desde los medios y el ambiente cultural en

general. Es mi deseo que estas conjeturas contribuyan a estimular el debate y nueva investigación en este campo del conocimiento.

Referencias bibliográficas

Acosta, F. (2003) “La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación”. *Papeles de Población*, año 9 N° 37, julio/septiembre (9-50)

Agarwal, B. (1997). “‘Bargaining’ and Gender Relations: Within and Beyond the Household”. *Feminist Economics*, vol 3 N°1 (1-51)

Benería, L. y M. Roldán (1987). *The Crossroads of Class and Gender. Industrial Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press. (Hay edición en español)

Bernard, J. (1981) “The good-provider role: Its rise and fall”. *American Psychologist*, vol. 36 N°1(1-12)

Bruce, J. (1989). “Homes divided”. *World Development*, vol. 17, N° 7 (979-991)

Bourdieu, P. (1988) De la regla a las estrategias. En *Cosas dichas*, Buenos Aires: Gedisa. Cap. II: Confrontaciones, (pp. 67-82)

Bourdieu, P. (1998) Appendix: The Family Spirit. En *Practical Reason*, Cambridge: Polity Press, Cap. 3 (64-74)

Cerrutti, M.S. (2000) “Intermittent employment among married women: a comparative study of Buenos Aires and Mexico city”. *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 31 N° 1 (19-43)

Duque, J. y E. Pastrana (1973) “Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria”. Santiago de Chile: FLACSO (mimeo)

Elder, G. H. Jr. (2003) The Emergence of Life Course Studies and Theory. Conferencia dictada en *Institute of Sociology, Academia Sinica*, Taipei, Taiwan, marzo 7. Presentación en power point disponible en: <http://www.unc.edu/~elder/presentations/Emergence.ppt>
Carolina Population Center, The University of North Carolina at Chapel Hill Acceso: 1.11.2008

Feijóo, M. del C, (1991), *Alquimistas en la crisis. Experiencias de mujeres en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: UNICEF Argentina/ Siglo XXI, España.

Folbre, N.(1987) “Family Strategy, Feminist Strategy”. *Historical Methods*, vol. 20, N° 3 (115-118)

Geldstein, R.N. (2009a) “Cambios en las estructuras familiares, particularmente en el número de miembros activos e inactivos”. En Moreno, M.J. y Pantelides E.A. (eds.) *Situación de la población en la Argentina*, Buenos Aires: Programa Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD – UNFPA (134-153)

Geldstein, R.N. (2009b) “Experiencias y representaciones masculinas de desempleo, subocupación y nuevos roles familiares. Del trabajo y el no-trabajo de hombres y mujeres”. *Temas de mujeres. Revista del CEHIM*, año 5 N° 5 (65-72) Accesible en: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/cehim/temas_5.pdf

Geldstein, R.N. (2008) “Género y estrategias de reproducción familiar en sectores populares del área metropolitana de Buenos Aires, 1990-2000”, ponencia presentada en las *IX Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IV Congreso Iberoamericano de Estudios de Género* (Geldstein, 2008) *Los caminos de la libertad y la igualdad en la diversidad*, organizados por la Universitat de les Illes Balears y la Universidad Nacional de Rosario, con el auspicio de la Municipalidad de la Ciudad de Rosario. Rosario, Argentina, 30, 31 de julio y 1° de agosto de 2008.

Geldstein, R.N. (2004) “De “buenas” madres y “malos” proveedores. Género y trabajo en la reestructuración económica”. *Revista Subjetividad y procesos cognitivos*, número 5: *Género, Trabajo y Familia*, abril (126-155) Accesible en: http://www.uces.edu.ar/publicaciones/pdf/revista_subjetividad/revista_subjetividad_2004_n5.pdf

Geldstein, R.N. (2001) *Labor- and non-labor market coping strategies in Argentina*, Informe final de consultoría al Banco Mundial, Buenos Aires: CENEP (*mimeo*)

Geldstein, R.N. (1994) *Los roles de género en la crisis: Mujeres como principal sostén económico del hogar*. Buenos Aires: CENEP y UNICEF. Cuadernos del CENEP N° 50.

Geldstein, R. N. y N. Delpino (1994) “Mujeres como principal sostén económico del hogar”. *Boletín Informativo Techint* N° 277, enero-marzo (51-80)

Gerson, J.M. and Kathy Peiss (1985). Boundaries, Negotiation, Consciousness: Reconceptualizing Gender Relations. *Social Problems* 32 No. 4 (317-31).

Giele, J.Z. y G.H. Elder Jr. (eds.) (1998) *Methods of Life Course Research. Qualitative and Quantitative Approaches*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.

Grown, C.A. y J. Sebstad (1989) “Introduction: Toward a wider Perspective on Women’s Employment”. *World Development*, vol. 17, N° 7 (937-952)

Gutiérrez, A. (1997a) *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Córdoba: Co-edición Dirección Nacional de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba y Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, colección Cátedra.

Gutiérrez, A. (1997b) “Vivir y sobrevivir en Altos de Yapeyú. Acerca de la diversificación de las estrategias de reproducción social”. *Estudios* 7-8 (133-158), Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

- Hareven, T. K. (1977) "Family time and historical time". *Daedalus* N° 106 (57-70)
- Hollway W. (1984) Gender difference and the production of subjectivity. En: Henriques, J.; W. Hollway y C. Venn, *Changing the subject: Psychology, Social Regulation and Subjectivity*. Londres: Methuen, Capítulo 5 (227-263)
- Hood, J.C. (1986) "The Provider Role: Its Meaning and Measurement". *Journal of Marriage and the Family*, vol. 48 N° 2 (349-359)
- Jelin, E. y M. del C. Feijoó (1983). "Presiones cruzadas: Trabajo y Familia en la vida de las mujeres". En: Wainerman, Catalina H.; E. Jelin and M. Del C. Feijoo. *Del deber ser y el hacer de las mujeres. Dos estudios de caso en Argentina*. Mexico: El Colegio de Mexico and PISPAL.
- Kabeer, N. (1995) [1994]. Benevolent Dictators, Maternal Altruists and Patriarcal Contracts: Gender and Household Economics. En: N. Kabeer. *Reversed Realities. Gender Hierarchies in Development Thought*. Londres y Nueva York:Verso, capítulo 5 (95-135)
- Karweit, N. Y D. Kertzer (1998). "Data Organization and Coneptualization". En: Giele y Elder Jr. (81-97)
- Moen, P. y E. Wethington (1992). "The Concept of Family Adaptive Strategies". Ithaca: Bronfenbrenner Life Course Center, Cornell University. *LCI Working Papers*. N° 92-02.
- Moser, C. (1997) *Household Responses to Poverty and Vulnerability. Volume 1, Confronting Crisis in Cisne Dos, Guayaquil, Ecuador*. Washington: The International Bank for Reconstruction and Development/The World Bank.UNDP/UNCHS (Habitat) World Bank Urban Management Programme, Urban Management and Poverty Reduction N° 21.
- Potuchek, J.L. (1997). *Who Supports the Family? Gender and Breadwinning in Dual-Earner Marriages*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Pyke, Karen D. (1994). Women's Employment as a gift or Burden? Marital Power Across Marriage, Divorce, and Remarriage. *Gender and Society*, Vol. 8 No.1 (73-91).
- Saraceno, Ch. (1989) "The Concept of Family Strategy and Its Application to the Family-Work Complex: Some Theoretical and Methodological Problems". *Marriage and Family Review*, 14 (1-18)
- Sautu, R. (2000). "'Marketización' y feminización del mercado de trabajo en Buenos Aires: perspectivas macro y microsociales". *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 15 N° 1, enero-abril (123-147)
- Schmink, M. (1984). "Household Economic Strategies: Review and Research Agenda". *Latin American Research Review*, vol.XIX, N° 3 (87-101)
- Sen, A.K. (1990) Gender and Cooperative Conflict. En: Tinker, I. (ed.) *Persistent Inequalities: Women and World Development*. New York: Oxford University Press (123-49)
- Suárez, A.L. , 1998. Profundización de la exclusión. Hogares de bajos ingresos del Gran Buenos Aires. 1985-1995. *Estudios del Trabajo* n°. 15 (29-68).

Whitehead, A. (1991). "I'm hungry, mum'. The Politics of Domestic Budgeting". En: K. Young, C. Wolkowitz y R. McCullagh (eds.) *Of Marriage and the Market. Women's Subordination Internationally and its Lessons*. London: Routledge Cap. 5 (93-116)